

ley, verdugo de la corona, guía perversa del que la tiene, y padrastro de los que dicen la verdad? Puede ser hicieran tal impresion las alictivas voces de vuesa-merced en los reales oídos, que despertando de aquel pesado y insensible letargo de la razon en que la maldad le tiene constituido, conociera lo justo y se vistiera de lo recto contra quien lo primero tiene desconocido. Mas si, no atendiendo á esta prudente contemplacion, quiere subsistir vuesa-merced en omision tan reprehensible, oiga á Séneca lo que dice sobre este particular: «Entonces dejan de tener remedio los vicios, cuando pasan á costumbres, porque en este caso (adelanta Diógenes) es más fácil sanar á un muerto que curar á un incorregible.»

Por más que el primer licor que se infunde en el barro diga el gusto que tendrá cuando le quiebren, no tengo á vuesa-merced por tan porfiado, que quiera que diga el principio que ha tomado en su causa cómo será el fin; porque es de necios porfiar en el error conocido, por más que sea propio de los hombres el errar. La mayor parte de la obra es el buen principio, segun el verdadero axioma de los juristas: *Cujusque rei potissima pars principium est*. Siendo el principio que vuesa-merced tomó pernicioso, serian formidables los fines si ahora, que hay tiempo, no se enmendara. Sepa el Rey y todo el mundo que solicita la maldad quiere atropellar á la justicia, por más que aquella se quiera paliar con los rayos desta. La justicia de vuesa-merced es su inocencia en lo que le atribuyen; y la maldad conocida, es aquella que con colores infames de justicia le apropián.

A documentos de lo visible, como dice san Pablo, quiso Dios convencernos de lo invisible y más divino. De más estarian muchos tribunales, si los que se suponen reos no se disculparan. De más se verian las leyes, si hubiesen de castigar al acusado de otro, sin que aquel se defendiese y este no lo probase. Todo seria confusion, escándalo y venganza, porque obraría el odio, y no la justicia. Aun esta tiene sus equidades con fuerza de límites ó coto; y siendo esto así, de más estaria la misericordia, si todo lo hubiese de sentenciar el rigor, porque todo seria en este caso desolacion, y no remedio. Por miedo de la pena del talion, más que por temor de sus conciencias, no acusan muchos impíos á sus prójimos de lo que no hicieron. ¿Cuánto no acusarian á sus prójimos de delitos falsos si faltasen las disculpas y las probanzas? Este género de venganza seria el más valido, por más usado; y nuestra ley no seria de cristianos, sino de brutos, si lo permitiera. Y ajeno vuesa-merced de tales reflexiones, y pagado tanto con su dictámen, no ha acertado á conocer su falsedad, alucinado sin duda con que su callar era meritorio, siendo tan culpable. La heroicidad de sufrir se desluce con callar aquello que puede lucirla más.

Defiéndase vuesa-merced vivamente; y si su inculpabilidad no convenciere al juez, sufra entonces con valor; que á lo menos siendo todo el mundo teatro de su justicia, la mayor parte dél habrá de dársela, por más que el que debiera hacérsela se la niegue. En este caso solo padecerá el tormento el cuerpo, pero quedará ilustre y acendrada la reputacion. Mas procediendo como vuesa-merced piensa, la reputacion estará padeciendo mientras al cuerpo estuvieren castigando. Muera vuesa-

merced (ya que muera á manos de sus enemigos) como víctima inocente de la tiranía, que así vivirá eterna su fama. Pero no como reo de los delitos que le atribuyen sin causa; porque así, espirando el cuerpo, quedará muerto el honor. Virtud es defenderse de aquello que daña. El buen nombre de vuesa-merced no quiera tolerar ese daño, pues será poner su nombre en mala opinion. No tema vuesa-merced la ira de sus contrarios, que aunque son poderosos, lo es más la razon y la justicia; pues, como aquellos caminan por los derumbaderos de la malicia, no faltará tiempo en que queden atollados en sus pantanosos tránsitos, descubierta su maldad. Por más que al sol se le opongan las nubes, poco dura la ocultacion de sus rayos, y entonces sale más airoso, cuando logra vencer tales impedimentos. Pocos han muerto por el rigor de sus contrarios, sin que se hiciese pública su inocencia, por más que ellos fulminasen delitos donde no habia culpa.

Dejo de pararme en la admiracion sin tiempo que vuesa-merced hace en la suya primera, porque di en mi última nombre de enemigos á sus contrarios. No sé yo cómo se llaman, si enemigos no se nombran. La primera doctrina que nos enseñan es pedir á Dios nos libre dellos, cuando nos persignamos. Y el Espíritu Santo dice: «Aunque no debes querer mal á tu enemigo, porque en esto se peca, guárdate dél.» Y como atendiendo á esto, dijo Eurípides «que no hay cosa igualmente útil á los hombres, como una sospecha prudente entre malos»; porque no siendo seguro discurrir como buenos entre ellos, preciso viene á ser el sospechar como malos.

Vuesa-merced estaba de gracia cuando escribió su primera, pues aunque lo sabe mejor que yo, ni aun quiso atender á que la felicidad del sabio no está en que todo le suceda prósperamente, sino en mitigar con la ciencia lo que sin ella le causaria la mayor congoja y pena. El saber sacar de la desdicha la fortuna, es la mayor habilidad; y aun para esto se requiere la concurrencia de aquellas circunstancias que, siendo clásicas para el alma, se hagan recomendables para el mundo. Llévense enhorabuena los trabajos con paciencia cuando no tienen remedio; pero inténtese este por todos los arbitrios justos que la prudencia inspire, antes que la enfermedad carezca de medicina por radicada. Ni deja de ser cruel verdugo de su vida y de su estimacion quien así no procede; ni deja de quedar reputado por reo de lo que no hizo, el inocente que calla lo que á su defensa conviene decir.

Al mismo tiempo hallo á vuesa-merced muy entregado á distinta contemplacion cuando dispuso su segunda; pues ya en ella (aunque supone que á instancias mías) está reducido á emprender la batalla de su defensa, que es lo que nos importa más; porque della, no solo puede resultar el salir mejorado, ó con crédito, que es lo mismo, sino tambien que los que hayan dado atencion á los supuestos delitos, y los confirmen con el silencio de vuesa-merced, se desimpresionen dellos y formen aquel gran concepto que merecen sus justas operaciones. Igualmente disculpa vuesa-merced en ella la tardanza mia en contestar á la primera con altísimas razones, y las mismas circunstancias que penetra para fundamento de mi omision, fueron en realidad las que la motivaron. Esto es leerse las almas y los corazones

los amigos; esto es penetrar el uno las intenciones y pasos del otro, estando ausentes. Y esto es, en fin, uno de los efectos admirables que produce la amistad, de los cuales dejo ya algunos referidos.

El que á su amigo divierte en el conflicto con sus palabras, parece que está distante de hacerlo con las obras. De cuantos ofrecieron á Job sus bienes en el principio de sus trabajos, ninguno lo puso en ejecucion en el medio ni en el fin de sus aflicciones. Mandóme vuesa-merced que fuese Chusi; nada tenia que escribir hasta que, obedeciendo, le participase noticias que acreditasen la ejecucion del encargo, pues todas las demás se tendrían por no importantes.

Luego, pues, que leí la primera de vuesa-merced, empecé á discurrir para dar principio á su mandato. No quise arrojarle de presto á su ejecucion, por no errar el golpe; que es cosa indigna en casos grandes dar por satisfaccion el no lo pensé. «Piensa mucho lo que se ha de hacer una vez,» dice Publio Siro. No puede negarse que tiene mucho de airoso lo repentino; pero suele tener más de permanente lo pensado. Esto, bien puede ser que no se haga con dicha, pero es imposible que sea sin alabanza. En no atendiendo á los fines, son siempre inconsiderados los principios. Querian los de Babel huir de los rigores del cielo, y para ello fabricaron torres donde se cebasen más sus rayos. Debe medirse la distancia del blanco con la valentia del pulso, para no perder, con la reputacion, el tiro. Seguro tiene Dios el acierto de sus obras; pero todas las pensó primero por toda una eternidad. Antes de empeñarse en las cosas grandes, es necesario mirarlo bien; y en habiendo consultado, obrar con valor. A lo consultado, presteza; pero para la consulta, flema. Más presto llega á abajo quien se arroja por la ventana que el que baja por la escalera; pero obrará más el que bajó que el que se arrojó. Tarde da el fruto la palma, pero son de palma sus frutos. Igualmente es gran cordura conocer las ventajas del contrario. Lo que este tiene de más poder, se puede vencer con un mejor pensar, porque el arte vence al poder, no teniendo el poder arte. Si cara á cara se quieren registrar los rayos del sol, mientras más vivos los ojos, quedarán más ciegos. Rodéese algo para lograr la empresa, siendo superior el contrario, que no llega más tarde á la poblacion el que va por lo más largo, siendo mejor el camino, que el que arriba á ella por la vereda, si más inmediata, menos segura. En casi todos los elementos tiene dominio el fuego, porque en la tierra se ceba y con el aire se aviva; mas no se introduce con el agua, porque sin duda pereciera.

Aunque careciera de todas estas preciosas doctrinas para pensar despacio, á fin de proceder deprisa, y aunque no las hallara tan bellas en la segunda de vuesa-merced, me bastaria para consultar mucho antes de empeñarme, el saber que lo primero que se oye toma posesion de los oídos, como de los ojos lo que primero se ve. Mucho tiempo es menester para que el Principe se desimpresione de lo que primero le informaron, aunque hubiese sido sin verdad; y mucho cuidado en aquel contra quien fué el informe, para justificarse en el dictámen del Principe. El que se reputó por diablo, muy santo ha de ser para que se le tenga por bueno, porque el primer concepto que se imprime en el alma,

parece que se cincela en bronce, segun su duracion. Y en fin, estando el ánimo inclinado y persuadido á una cosa, es difícil que mude de parecer, por visibles que sean las ventajas de otra. Nunca dejó Saul de creer que David conspiraba contra su vida por más que habia justificado en distintas ocasiones lo que por ella miraba; pues habiendo podido quitársela por sus manos, se contentó con dejar testimonio que acreditase esta posibilidad, y de no haber querido llegar á la ejecucion.

Por todo esto, y porque pierde mucho quien al primer lance se pierde (porque no es quedar mal para sí solo, sino para muchos que le sucedan despues, como dice Séneca: «El suceso de la primera accion es presagio de las que se siguen»), empecé algun tiempo en consultar el modo de dar principio; y meditado este, gasté otro tanto en tentar el vado, como aconseja Catulo: «Tiéntalo todo, dice, para ver si hay por alguna parte salida; y habiendo muchas, párate á conocer la mejor.» Y Ciceron continúa diciendo: «En el mayor aprieto, nada dejes por tentar; que á veces los que parecen imposibles, los hacen fáciles el espíritu y el ingenio.» Con estas prevenciones, puse en batería mis máximas; y como rara vez se oculta el odio, por más que lince el que le abriga lo cautele, á poco exámen conocí, no solo el daño experimentado, sino el mayor que amenaza, y quiénes lo fomentan. No puse al riesgo por entonces ningun reparo; porque, además de que nada lograria, me exponia sin duda á quedar descubierto, y (por sospechoso) inútil para lo sucesivo. Valíme, con la cautela necesaria, de un privado del contrario, que, queriendo ser mi amigo, empecé á conquistarle con una traicion que hizo á aquel; de que inferí no seria extraño la hiciese á poco tiempo conmigo. «Mira cómo habla y lo hace en ausencia de su amigo, el que quiera serlo tuyo (dice el gran Basilio); y de ahí inferirás lo que dirá y hará contigo despues.» Porque «es tan difícil hallar un amigo (añade Prudencio) como es fácil tener el nombre». Y siendo mi amigo la mitad de mi alma (como enseña Augustino), ¿qué alma tendrá la amistad de aquel, cuando obraba con su amistad tan sin alma? La traicion se estima al paso que al traidor se aborrece, porque lo que este hace con uno, es capaz de ejecutarlo con todos. Por lo mismo, y porque sé que no es solo el Júdas del Evangelio el que tiene la mano en el plato y la traicion en el pecho, procedí con él tan prevenido de cautelas como ocupado de sospechas; porque en habiendo precision de tratar con malos, conviene mucho usar de la máxima de Sidonio: «Piensa, dice, cómo pensará el malo cuando con él trates, tanto para librarte de sus maldades, como para que no te haga peor; porque entonces logra sus mejores tiros la malicia, cuando los apunta á una perfecta inocencia.» Hay hombres que, al paso que vierten ofertas á otros, los están vendiendo. Asíanse con unos para su provecho, y se confrontan con otros, para que la observacion de sus palabras y movimientos les declare aquello que solicitan, para hacerlo público al que manda. A estos los compara Catulo con las sirenas, «que halagan para matar.» No hay enemigo peor que uno destes hombres, porque cogen al que van á inspeccionar, desprevenido; y como este ni aun tiene arbitrio para precaver la liga que le traen armada, cae en ella, por más que sea su entendimiento grande. Por

esto dice Séneca «que no nos fiemos de los que sin motivo nos lisonjean, porque estos son mentirosos ú traidores». Y es así, porque parece indignidad del sexo de hombre producir ante el que se halaga las mismas expresiones que pudiera una mujer estando sola con su amante. En efecto, el que es infiel á su amigo antiguo, ¿cómo será leal al que le presenta un acaso? «Mira cómo habla de su amigo el que lo quiera ser tuyo (aconseja Séneca), y de de ahí inferirás lo que podrá ser para tí.»

Sin olvidar ninguno destes documentos, estando un día con uno destes amigos nuevos (que es sin duda el que tiene más poder y proporcion para mis intentos), le toqué el asunto de la prision de vuesa-merced de un modo que, siendo meditado, lo tuviese él por casual; y que pareciéndole curiosidad mía, fuese exámen suyo. Informóme, pues (pareciendo yo poco interesado, ó escuchando como con descuido unas noticias en que tenia puesto todo mi cuidado), diciéndome que habia oido al patron (así llama á quien fomenta su padecer de vuesa-merced) tenia Quevedo prision para muchos años, pues únicamente podia el Rey ó él (que es un equivalente) sacarlo de ella; y que ni su majestad lo haria, porque para ello era necesario precediese su dictámen; ni él tampoco lo ejecutaria, ínterin que vuesa-merced no se humillase más, reconociendo por superior á quien no habia querido por amigo. Y aunque la noticia tiene tan mal semblante, poniéndoselo bueno al que me la comunicó, no se lo puso malo á ella el corazon, porque es cierto género de triunfo saber las intenciones del contrario; pues esto sirve para oponerles otros ardidés distintos de los que se usaran si aquellos no se supieran. Conocer el camino que lleva y el que puede llevar el enemigo, no es otra cosa que tener vencida la mitad de la batalla. A ignorar el camino del vado, por más que el vado se sepa, no deja de ser peligroso arrojarse á él, y aun necedad el ejecutarlo. No lo hará el que sepa las contingencias que tiene. Luego saber esto, no vale á veces menos que la vida. Además que en medio de las tinieblas sirve de grande guía la más pequeña luz. Solo le respondí que á vuesa-merced le seria imposible facilitar su libertad, respecto de la fuerza del contrario. «Difícil es, imposible no (me respondió); y si vuesa-merced estuviese interesado en ello, la primer fineza que le tributaria mi amistad seria la de comunicarle cierto medio, que conseguiria sin duda su libertad.» Una promesa tan repentina como gustosa cual esta es, á otro menos cuerdo que yo habria sobrecogido de modo que se abalanzase inmediatamente á aceptarla, declarando lo que pudiera producir mayor riesgo.

Es constante que interiormente se llenó de júbilo el ánimo; pero manifesté tanta entereza en lo exterior, que solo le satisface con exponerle «no tenia empeño en que saliese vuesa-merced ó no de su prision, pues esto para mí era totalmente indiferente; pero que habiendo profesado con vuesa-merced amistad en otro tiempo, la obligacion de ella, y la principal de prójimo, me estimulaban á desearle todo bien, del que gozaria si estuviese en mi mano; pero que, como me contemplaba persona sin arbitrio para ello, registraba este asunto con compasion natural». Estas fueron mis palabras. Y no bien hube acabado de decirlas, cuando fijé todo mi cuidado

en su semblante y mi atencion en su respuesta; porque aquel pocas veces oculta lo que el interior medita, y más si se trata dello, á no ser con gran prevencion; y en esta tiene vinculado su crédito la verdad ó la cautela. No pude dél ni della descubrir otra intencion que la que sonaba. Hay hombres que disimulan tan fuertemente, que aun ellos mismos creen lo que fingen; pero los fondos deste de que hablo son muy reducidos para tanto empeño.

Por esto me atreví á requerirle, cuasi sin preguntarle, qué medio era aquel de que debia usar vuesa-merced para su alivio. Prontamente, y sin causarme ninguna sospecha, me contestó diciendo habia dos: uno el mismo contrario, y el otro el Rey. Que para su majestad se debia formar un memorial que llegase á sus reales manos por las que fuesen de toda la satisfaccion de vuesa-merced, patentizando en él su inculpabilidad, y suplicando á su real clemencia; en cuyo caso haria él un tan buen papel, aunque muy secreto, que seria apto para que lograse vuesa-merced lo que yo tanto deseo. No pude penetrar qué género de papel seria este, que remitía á su cuidado, para sacar á vuesa-merced y á mí de los nuestros; pero, como me importa tanto el descubrirlo, no pararé hasta averiguarlo. Para el otro medio del contrario, expuso que era asimismo preciso dirigiese vuesa-merced á este una carta llena de sumisiones y respetos; la misma que ofrecia él, no solo ponerla en sus manos, sino lograr el efeto. Contentéme por entonces con lo expresado, sin querer escudriñar más su intento, porque si trajese algun veneno escondido, no llegase á hacer imposible su descubrimiento advirtiéndome en mí cautela. «Es preciso, dice Séneca, no intentar de una vez descubrir el pecho de quien no tengas entera confianza, por más que te importe; pues no sabes si este irá á hacer lo mismo con el tuyo, engañándote con que tú se lo penetras á él.» Sin embargo, he determinado saber lo que tanto deseo, sin que este hombre comprenda que lo procuro; para lo que me parece bastarán otras nuevas precauciones: pues á la verdad puede, en mi concepto, hacer lo que dice, segun su valimiento notabilísimo, cuyo superlativo aun no lo expresa cabalmente. Lecciones me dará el tiempo y la traza para que no se maldice mi intento; porque este hombre, no solo nos puede servir para comunicarnos importantes noticias, sino tambien para disponer ejecuciones.

Así como vuesa-merced dice, en la vida de su *Marco Bruto*, que todos los que Casio conmovia remitian la faccion al consentimiento de Bruto; y añade que obraban en esto advertidos, pues para matar á César echaron mano del hombre que estimaba más; —sabiendo yo que á este nuevo Bruto no estima menos el que á vuesa-merced persigue, así tambien he de ver cómo remitiré á su consentimiento y accion la salida de vuesa-merced de esa, que (segun me instruye donde me la pinta), con el nombre de cárcel, es mazmorra; porque siempre se da el veneno en aquello que más se gusta, y no hay mayor enemigo que aquel de quien se tiene más grande confianza, si se vuelve contrario. Bien conoció esto Séneca, pues decia: «Continuamente pido á los dioses que me libren de los que, con apariencia de amigos, son mis émulos; porque siendo estos tan encubiertos, no podré librarme de ellos tan bien como de los que son declarados.» Con la misma propiedad

lo entendió Claudiano, pues dice: «Más fácil es al hombre libertarse de un ejército que le cerque por todas partes para cogerlo, que de un enemigo que como amigo le asiste.» A esto aludió igualmente Diógenes, diciendo: «Mira bien quién es tu amigo, porque si por tal le tienes, y él no lo es, puede ser tu enemigo mayor.»

Todos estos son unos agradables y gustosísimos parentesis, que dan más esperanza á la felicidad de vuesa-merced; porque como en mí tiene otro igual suyo sin diferencia, no debe tener tales recelos, sino persuadirse á que haré cuanto penda de mi arbitrio para su bien, como vuesa-merced propio lo hiciera. Para cuyo efecto, sin perder instante, formará el memorial para el Rey, vindicando su estimacion de lo que injustamente se le imputa, y aun pidiendo satisfaccion de la calumnia, remitiéndome por la misma oculta via, á fin de tenerlo yo de prevencion por si descubriese motivo por el que sea preciso ponerlo en las reales manos: porque aunque el arbitrio de la carta para el contrario parecia más oportuno, por ser más pronta su determinacion, tengo por más acertado que se padezca algo más para que dé á vuesa-merced libertad la rectitud, que no que lo ejecute la vana presuncion por tener que sentir algo menos. Además, que para esto siempre hay tiempo, y nunca dejó de ser más importante que el humilde, el decoroso recurso. Al Rey nuestro señor hablará vuesa-merced con aquel respeto y verdad que á la majestad debe un noble vasallo; y al enemigo lo haria, teniendo que mendigar las lisonjas y que pervertir el órden de la misma nobleza: la que, siendo como debe, sabe antes entregarse á padecer eternamente que adular por un instante; porque reconoce que esto último la quita muchas luces á sus rayos. Y la de vuesa-merced, como tan acrisolada, creo no habia de consentir se lograse su libertad aventurando uno de sus menores reflejos.

Rodeé bastante con él para indagar igualmente que la causa de vuesa-merced se habia formado de un soplo, y por lo mismo que no hay nada escrito, y menos probado. Sus trámites siguen á la oposicion que les da término y dió principio. Aquella fulminó la queja, dióla al Rey, abultando de modo las venialidades, que se tuvieron por monstruosas. No obra de otra manera la malicia, porque de lo contrario no pudiera su primer formidable impetu penetrar de dolor á la inocencia: en consintiendo en perder lo que se aborrece, cuanto se forma para la queja abulta con parasismos de insulto y desmayos de ofensa. Hace presente que las aras de su honor están manchadas, y que no sacrificando en ellas á quien da por causante, quedarán siempre deslucidas. No advierte que no es acreedor á otro sacrificio que al que dicta el desprecio, aquel que ni aun respeta el simulacro. Hace fuerza de su estimacion, para que no se estime la fuerza de la verdad ni tenga entrada la defensa. No hay arbitrio, así piensa el odio; lo que comprueba Séneca, diciendo: «El que tiene odio, solo se sustenta con lo que daña, solo piensa en lo que aborrece para aniquilarlo, y solo muere de lo que no acaba.»

En efecto, oyó su majestad el informe que contra vuesa-merced se le dió, profanando la maldad del aserto la veneracion de los reales oídos. Tuvo el hecho por

verdadero y la queja por justa, lo que le movió á determinar como cristiano. Como logró la captura de vuesa-merced su enemigo, se olvidó de sustanciar el informe. Aquello era lo que deseaba, y conseguido, tuvo por demás esto. Así rodea los casos la calumnia para no llegar al fin, donde á tiros de verdades se manifiestan las traiciones. Esta noticia puede á vuesa-merced servir para lo que me la pide en su segunda. Lo cierto es, amigo, que el trato, así como concilia los ánimos, así tambien los aparta por sus fines particulares. Por no haber querido vuesa-merced ser privado, se ve hoy tan perseguido; y es así tambien constante «que cuanto mayor es la fama, tanto es mayor el peligro de quien la goza», como dice Salustio; y da la razon Eurípides: «porque más celos da á la maldad la virtud que el vicio.» Entonces empezó Roma á experimentar su ruina, cuando llegó á su mayor grandeza. Lo más grande siempre se acaba más presto, como lo que se sazónó más temprano. La invidia nunca se ceba en cosas ligeras, sino en las más elevadas. Vuesa-merced llegó á lo más alto de la fama; y la invidia intentó derribarle, y lo consiguió, conociendo que tanto saber era imposible que no descubriese su obrar. La ignorancia, como no penetra el alma de la sabiduría, siente tener delante lo mismo que no entiende, y lo que puede desvanecer su dicha; pero es documento de Séneca, «que se procure ser de los perseguidos por buenos, antes que de los encumbrados por malos.»

Rara vez deja de rendirse lo que solicita una porfia constante y honrada. «Insta en el empeño con eficacia, dice Séneca; que á una porfia prudente, se hacen los mármoles cera, y la cera se convierte en mármol.» Y á este intento continuó Plutarco, «que era propio de topos el volver atrás, como de linceos el proseguir el camino;» «porque cuanto más dificultades tengas que vencer (prosigue Valerio Flaco), producirá más gloria el triunfo.» Descrédito es del hombre grande principiar una cosa con viveza, y abandonarla por pusilánime. Siempre temieron á Ulises los griegos, porque les enseñaba la experiencia que lo que empezaba con espíritu lo concluía con valor. Caso puede darse en que parezca cordura ceder á la suerte; pero esto no debe entenderse así mediando el honor, vida tan preciosa que debe anteponerse á la misma vida.

Todo esto no es otra cosa que negarle á vuesa-merced por ahora aquellos consuelos que son propios de un amigo, para resistir los trabajos; porque antes bien le provoco á que ellos mismos sean la aguda espuela que logre agitar y enfurecer el ánimo de vuesa-merced. Más le quiero ahora valiente que pacífico, pero siempre tomando lecciones de la cordura, que es el robusto y poderoso cimiento donde fundan los doctos sus justas y eficaces resoluciones. Obre el espíritu con valor, por más que el cuerpo se lamente en el martirio. Conténtese con llorar sus penas, sin disponer medios para confundirlas y acabarlas, el que por falta de capacidad hace solo en esta inaccion todo cuanto puede, respecto de no alcanzar más con sus talentos; pero esto no se debe entender con el sábio, porque este hará muy poco si no saca resplandores del humo. Al hombre hace ventaja el jabalí en el oído, en el tacto la araña, en el olfato el buitre, en el gusto el mono, y el

lince en la vista; pero advertía Lentulo á Catilina, «que siendo el hombre superior á los brutos, y que siéndolo tan grande, su contrario en el obrar podía prometerse seguramente la victoria; pues á las mayores fuerzas que en él encontraba, podía presentarle el mayor entendimiento que tenía.» Los mismos documentos doy á vuesamerced, pues militan las propias circunstancias, y aun mayores; pues Manlio, émulo de Catilina, era avisado, y el de vuesamerced es poco advertido. Luego, si á la mayor razon para obrar acompaña la mayor ciencia para proceder, ¿cómo se ha de dudar del vencimiento? A la razon tiene vuesamerced de su parte: con que solo resta que use de su ciencia con viveza para defenderse, y para que el acusador quede, como injusto, confundido, y como calumniador, castigado. Ni esto es tampoco desear el mal del prójimo, sino manifestar la verdad, y que quede resplandeciente la honra de vuesamerced. Y en este caso estamos obligados á hacer cualquier defensa para volver por ella, aun á costa de la vida propia, cuanto más al castigo ajeno, de aquel que es delincuente.

Aunque la sabiduría esté en tan poco valimiento, que preguntándole á Simónides cuál era más estimable, la riqueza ó la sabiduría, respondió: «Perplejo estoy en decidir un punto de tanta dificultad; porque, aunque no tiene comparacion lo sábio con lo rico, veo concurrir con frecuencia á los doctos al cortejo de los poderosos, y no veo que los poderosos cortejen á los sábios;»—todavía tienen en sí tantas preciosidades como las que conoce el que la posee, y no las admira el que la participa. Obre el poder contra lo sábio, que será monstruosidad de lo sábio si no vence al poder. No digo que ella pueda reducir á verdadera amistad á un enemigo declarado; porque aunque á veces se hace del mejor vino vinagre, nadie vió hacer del vinagre vino; y aunque jamás se suelta con total seguridad una espada, puede vencerse al enemigo haciendo desista de su rencor, escarmentado. Es tan valiente la sabiduría, que convierte los brutos en hombres; y es tal su duracion, que dice san Jerónimo «que disminuyéndose todo lo demás en los viejos, solo va en aumento la sabiduría.» No hay hasta ahora ejemplo arreglado á la justicia, que manifieste no necesitar más de la sabiduría el poder, que deste aquella. Presentóse el grande Alejandro á Diógenes; aquel era entonces dueño del orbe, cuando á este solo servía de abrigo y albergue una tinaja. Hizo el jóven príncipe ostentacion de su grandeza, al paso que publicaba la miseria de Diógenes. El filósofo, despues de probarle que era más rico que él, respecto de que despreciarlo todo le hacia apetecer nada, le dijo «que el tiempo manifestaría quién á quién se necesitaba más presto»: y se verificó á poco tiempo; pues para usar Alejandro de su poder tuvo que pedir consejo á la sabiduría del filósofo. Neutunio, rey de los medos, ofendió públicamente á Biántes, filósofo consumado, diciéndole no necesitaba para nada sus consejos. «No se pasará mucho tiempo, respondió Biántes, sin que ansioso me solicites.» Y en fin, conspirándose con teson contra Neutunio sus vasallos, necesitó toda la persuasion y energía del filósofo para sosegarlos. Siempre que oró Ciceron por alguno que se contemplaba delincuente, aunque fuese acusado y perseguido por un gran poder, logró con sus voces la

disculpa del que suponian reo, porque la fuerza de las razones obligaba á que los jueces no comprendiesen el delito. Prodigios semejantes ejecuta la sabiduría con frecuencia.

Todo esto lo produzco para que, haciendo vuesamerced alarde de sábio, se empeñe en vencer lo ignorante, aunque tirano. No es tan poco empeño como parece, porque una ignorancia invencible y una oposicion radicada tienen bastantes dificultades; pero estos reparos deben posponerse, poniendo solo la atencion en saber acreditarse. Máximas hay tan poderosas para reducir al enemigo á que sea amigo, que no solo lo consiguen, sino que con ellas mismas se declara su mal obrar. Medítelas vuesamerced con su alto discurrir; que yo trabajaré en buscar otras que sean robustas para captar, y fáciles para proceder.

Bien creo que será excusado decirle que esta la vea vuesamerced solo; quiero decir, que no la confie á ninguno de sus familiares amigos religiosos, ni menos les comunice cosa alguna de nuestra correspondencia, ni el oculto medio por donde esta se disfruta, ni tampoco nada que pertenezca á la causa; porque aunque yo tengo por unos santos varones á todos los individuos de esta casa, sigo en este particular el aviso de Catulo, que dice: «No fies tus secretos á ninguno, para que consigas así que no lo sepan todos.» Especialmente lo aconseja Séneca, diciendo: «Nadie juzgue del alma por lo que de fuera se ve, que cuando se rien más halagüeñas las olas, ocultan mejor los bajíos.» Bien sé que la prudencia de vuesamerced no olvidará esta clase de cautelas, pues por no usarlas con todo el rigor que debieran, se han perdido muchos hombres. «Que calle uno antes lo que no quiere que otro publique despues,» aconseja Eurípides; y siguiéndole en este asunto, dice Séneca: «Si lo que te importa descubres, ¿por qué quieres que otro á quien no le importa, lo calle?» Mi pena es contemplar á vuesamerced en tan mísero estado, que ni aun tiene arbitrio, segun estas reglas, para quejarse de lo mismo que padece. Especie de desahogo tan grande, que siendo con un amigo (pues lo llamo así, ya sabe vuesamerced de cuáles hablo), se aminora el sentimiento, y encuentra el tormento alivio.

Yo quedo empleado en prevenir y usar de todos los medios posibles para que vuesamerced salga con honor de donde le ha puesto la calumnia, de cuyas resultados daré á vuesamerced aviso, cuando la ocasion y oportunidad lo permitan. Entre tanto dirija vuesamerced á Dios parte de sus muchas meditaciones y rezos que al dia tiene, como me pinta en su segunda, para que su divina Majestad ilumine la torpeza de mi entendimiento, no solo á fin de que cuanto discorra sea de su santo servicio, sino tambien para que conozca si este hombre de quien tengo que fiarme supone sus ofertas para perderme. Al mismo tiempo ruego yo al mismo Señor dé á vuesamerced en sus trabajos paciencia, en sus discursos acierto, en sus pensamientos pureza, en sus palabras eficacia, en sus obras virtud, en su prision libertad, y muchas felicidades á su vida, para que así sea lleno de ellas.

Su verdadero amigo, y no más (porque esto lo dice todo), que deja ya dicho su nombre y apellido en aquellos términos que vuesamerced sabe, y en semejantes ocasiones acostumbra. De Madrid, etc.

CARTA CXIII.

A don Juan Adan de la Parra. (a)

Acuérdaseme, amigo mio, al ver vuestro arrojo en tomar la espada por la punta, y no por la cruz, aquel cuento del ingenio de Traga-Sotanas, que dice que el señor que coge el cuchillo por el filo cerca está de cortarse; y como yo no dude desta verdad, no obstante salir de boca sucia y de ruin pensamiento, encárgovos no metais en el fuego la mano para coger el ascua, que de fuerza habeis de quemaros antes de sacarla. Por mí sé deciros que jamás bebí caliente que no saliera escaldado. Y puesto que habeis visto pelar mis barbas, remojaé las vuestras, si seguís en tan buen camino; que no se os hará esperar el barbero.

Otra cosa os diré por mi vida, si de tanta amistad me quereis blasonar, y yo os la agradezco, buen Parra: probadme ese vuestro afecto con dar treguas á vuestro arrojo, apartándovos del peligro; que si pereceis en él, como acontece siempre al que le busca, á buen recaudo no podréis dejar la amistad, sino que quedará tan llorosa y desabrigada como güérfana y falta de apoyo tan poderoso. No fíeis en que la fortuna os llevó en sus haldas hasta ahora, para que no os enjaulasen como á mí; que al diestro cazador se le escapa pocas veces el pájaro que persigue, si éste no le huye á tiempo: pues que si se le burla, da al traste con la fortuna, que tiene tanto de loca como de voluble; y lo que fué risa y chacota se convierte en llanto y en mortaja.

El halcon que os persigue es poderoso de uñas, largo de oído y de fino olfato, y si se os acerca, os ha de atraer á sí cual la sirena con su canto, para mejor devoraros; sin que os valga aquello

De Caimán á Caimán,

que cantaba el ciego de la Ventosa.

Mejor sería que, echando un tapiz á la verdad, la dejaseis reposar un poquito para que engordara; y á mejor ocasion sangrarla, pues que tan ética se halla hoy, que necesita tetas de silencio y hisopillo de olvido, si no se ha de perder hasta su nombre. Y abrazándoos con la Mentira (matrona de buen porte, que no gasta corona, porque siendo superior á los reyes, no quiere parecer su igual), rogad á esta poderosa señora os recomiende á su hija la Lisonja y á su hermana la Adulacion, que aunque baja, le aplice vivir con los altos y en los palacios. Y con el favor destas y el auxilio de sus fuelles, dedicaros á soplon de oreja y melero de pluma; y veréis cómo os festejan las abejorras y os dejan de perseguir los zánganos.

Talento teneis, y con él podréis mudar bien el camino sin vergüenza dello, que de prudentes y cuerdos es mudar de consejo y de opinion; y al fin es moda y cosa tan provechosa como acomodaticia.

Y dejando este mi sermón, que vos no necesitais, por avisado en demasía, solo os ruego, Parra amigo, no aumenteis mis penas con una desgracia, que grande sería la de saber, tras mis males, erais presa del tigre

(a) Castellanos, tomo vi, pág. 312. Pero, ¿será legítima, ó supuesta en la corte, valiéndose de las verdaderas que Parra y Quevedo se escribian?

que juró acabar en España con la verdad y con nosotros por ser sus amigos. Prudencia, y no fiarse sino de vuesamerced mismo, que es su mejor amigo, y despues de él, — Quevedo.

CARTA CXIV.

De don Francisco de Oviedo. (b)

Señor don Francisco, mi amigo: Despues de lo que mandé á decir á vuesamerced por la via del maestro fray Anselmo, nada ha sucedido, y las cosas de vuesamerced no adelantan un paso. Nadie sabe de su causa de vuesamerced, ni si existe más que en el ánimo de sus enemigos; pues que se dice por los que lo saben, que los papeles que le embargaron aun nadie los ha visto. Con ocasion de visitar á una monja en el Carmen doña Matilde de Fonseca, que sabe vuesamerced es una de las que más quiere la mujer de Olivares, se empeñó su hermana de vuesamerced con ella para que hablase á la Condesa, y se lo prometió, encargándose de una carta de recuerdo; mas nada se sabe de si hizo el encargo ó si la escucharon. Yo creo debe vuesamerced hacer un memorial presentando su estado, y este dará lugar á que se descubra algo, ó á la piedad del Rey. Si algo descubro, se lo avisaré.

La pobre María es socorrida con lo que necesita; y llorando por su amo, me encarga le diga pide á Dios todos los dias porque salga de su encierro, lo que hace tambien en sus oraciones su amigo, — Don Francisco de Oviedo.

CARTA CXV.

Del reverendo obispo de Leon. (c)

El portador desta lleva á Foreiro, que en donde va señalado, en breves palabras comprende lo que en muchas dijeron Orígenes y san Juan Crisóstomo. No

(b) Escrita á 6 de junio de 1642.

Original parece se halla en el código de Candamo. Castellanos la publicó en su tomo vi, pág. 525.

Don Francisco de Oviedo, secretario del Rey y hombre de calidad y virtud, de todos estimado por sus prendas, quedó depositario de la hacienda de Quevedo al tiempo de su prision; y se la volvió tan puntualmente, que al testar nuestro poeta no pudo menos de nombrarle su testamentario, habiendo con la más grande prueba y en las más tristes circunstancias averiguado los quilates del oro de su amistad.

(c) Esta carta y las tres que siguen fueron publicadas en 1715 al frente de los libros de *Providencia de Dios*, que van insertos ya en el presente tomo. Ibalos remitiendo QUEVEDO al Prelado conforme los atildaba y ponía en limpio.

Don Bartolomé Santos de Rissoba, hijo de Alonso de Rissoba y Catalina Santos, nació en Sant-Ervás, lugar de la Vega de Saldaña, á 6 de marzo de 1582, é hizo sus estudios en Salamanca. A 6 de enero de 1633 fué electo obispo de Almería, y á 45 de abril, de Leon, de cuya mitra se posesionó á 7 de enero de 1634, entrando en su iglesia al mes siguiente. Tuvo sínodo y dió excelentes constituciones, y desviviase por mejorar el clero, velando sobre su rebaño á toda hora. La reparacion de templos, su ornato y decencia, su buen servicio, la puntualidad de los ministros, la observancia del concilio de Trento, fueron cosas que le ocuparon incesantemente. Declaró vacantes las prebendas provistas en clérigos que luego se habían casado; impidió que los curas dejasen de residir sus benefecios, y dispuso que vivieran dentro de sus feligresías. Desterró de las iglesias y conventos las representaciones de comedias; su hacienda fué de los pobres; y compuso una obra, que en 1644 aun no habia dado á la estampa, *De las obligaciones de los obispos*.